

Centenario de un Personaje

128

1815/56

* * *

Un día como es hoy, en una tarde que tal vez impregnaba de velada melancolía la fina garúa de mayo, hace un siglo, el telón del Teatro Principal de Lima se descorría para dar paso a una de las primeras y, sin embargo, más cabales interpretaciones del carácter de cierta gente de nuestra ciudad. En la escena, que mostraba un interior limeño como el que muchas veces espiamos tras la mampara de una vieja casona de los viejos barrios, aparecía la figura de una mujercita, envuelta en su manto tradicional, de cuyos labios salían, transformadas en hábiles redondillas, palabras dulces y halagadoras, resignadas lamentaciones, suspiros de mentida honrada y, también, cuando la acción descubría su actividad de tercera en lances de amor, blasfemias, insultos y maldiciones. Ese personaje se llamaba Catita.

Había sido concebido por un hombre de letras urgido por la prisa de una vida no muy holgada. Manuel Ascensio Segura no fue nunca hombre de fortuna y la existencia no le deparó con el éxito teatral ninguna satisfacción económica. El periodismo y la política le habían acarreado, además, mil y un disgustos. El único ojo de este tuerto, no obstante las vicisitudes que significaban aquellos tres ingratos oficios, veía más que los de muchos de sus contemporáneos. Y entre ver y sintetizar, entre captar la realidad de en torno y hacerla materia de valor permanente, intervenía un talento ágil, una facilidad versificadora singular y un instinto que el oficio, más que cultivado, intuído, había puesto en marcha con eficacia y rigor. La Catita salió de su imaginación al papel, garrapateada con letra premiosa, como un descubrimiento que hasta hoy nos atrae.

"Ña Catita" obtuvo de los gacetilleros de la época, frases de elogio irremediablemente convencionales. El público, por otra parte, es tardo en reconocer los méritos de la obra en la que el artista lo retrata, sobre todo si éste pone en la composición de un tipo cotidiano algo más que un propósito especular. La vieja dicharachera, suspirante y tramposa, semejante a la Celestina de la tragicomedia de Calixto y Melibea, era en los tiempos de Segura una figura familiar, y sus tareas, cumplidas entre la iglesia y la casa de turno, tenían un sentido social neto. La existencia de estas emisarias de dulzura y confianza pervivió durante muchos años y sólo desapareció cuando la gran aldea se convirtió en la ciudad que es hoy. Quizá subsistan en estos tiempos, pero, sin duda, muy venidas a menos. El documento ha quedado, y cada vez que sube a escena, hace años en la encarnación de Ernestina Zamorano o recientemente en la de Haydée Orihuela, se destaca como un agudo testimonio de algunos seres reales. He ahí lo que se llama lograr una obra perdurable.

Aunque el tiempo arrase definitivamente con este tipo de mujer, su imagen literaria nos interesará. Ahí están el Creón de Aristófanes, el Arlequín de la comedia italiana, el Volpone de Jonson, el Tartufo de Molière, la serie innumerable que los comediógrafos de una y otra latitud pintaron para siempre. Y en su medida, la Catita de Segura resulta un personaje cuya savia, cuya autenticidad, cuyo encanto y cuya rotundidad moral hacen definitivo. Por algo la sabiduría del pueblo ha nombrado a la que tiene vocación de zurcidora de enredos, a la beata chismosa, a la portadora de noticias y cuentos, con el nombre que el autor peruano del siglo pasado bautizó a su creación. Ella se ha convertido —y eso no sucede siempre— en arquetipo.

Tal vez el 18 de mayo de 1956, en el instante en que aquel escritor huraño cosechaba los merecidos aplausos, garuara morosamente en la calle, como ayer o como hoy, y tal vez las mismas campanas que a lo lejos tañeron aquella noche suenen en esta fecha y traigan algo de la atmósfera de hace un siglo, porque la historia es precisamente la permanencia de una verdad en el torrente percedero de las vidas.

Sebastián Salazar Bondy